

6 TECNOGÉNERO

La invención de la categoría de «género» (*gender*) constituye el índice de emergencia del nuevo régimen farmacopornográfico de la sexualidad. Lejos de ser la creación de la agenda feminista de los años sesenta, la categoría de género pertenece al discurso biotecnológico de finales de los años cuarenta. El género, la masculinidad y la feminidad son inventos de la Segunda Guerra Mundial que conocerán su plena expansión comercial durante la guerra fría como la comida enlatada, el ordenador, las sillas de plástico, la energía nuclear, la televisión, la tarjeta de crédito, el bolígrafo desechable, el código de barras, la cama hinchable o el satélite artificial. Digámoslo cuanto antes: este nuevo modelo no se caracteriza simplemente por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida, sino, y sobre todo, por el hecho de que esta gestión se opera a través de las nuevas dinámicas del tecno-capitalismo avanzado.

A la rigidez del sexo del siglo XIX, John Money, el psicólogo infantil encargado del tratamiento de los bebés intersexuales, va a oponer la plasticidad tecnológica del género. Utiliza por primera vez la noción de *gender* en 1947 y la desarrolla clínicamente más tarde con Anke Ehrhardt y Joan y John Hampson para hablar de la posibilidad de modificar hormonal y quirúrgicamente el sexo de los bebés nacidos con órganos genitales y/o cromosomas que la medicina, con sus criterios visuales y discursivos, no puede clasificar solo como femeninos o masculinos¹. Cuando

¹ Money, Hampson y Hampson, *op. cit.*, 1957, págs. 333-336.

Money utiliza la noción de «género» para nombrar el «sexo psicológico», piensa sobre todo en la posibilidad de utilizar la tecnología para modificar el cuerpo según un ideal regulador preexistente que prescribe cómo debe ser un cuerpo humano femenino o masculino². Si en el sistema disciplinario decimonónico, el sexo era natural, definitivo, intransferible y trascendental; el género aparece ahora como sintético, maleable, variable, susceptible de ser transferido, imitado, producido y reproducido técnicamente.

Es curioso que cuando el feminismo de los años setenta retoma la noción de género para hacer de ella un instrumento de análisis crítico de la opresión de las mujeres, esta dimensión de producción técnica se perderá en beneficio de un constructivismo cultural *light*. El género aparecerá de forma progresiva, en los textos iniciáticos de Margaret Mead, Mary MacIntosh o Ann Oakley, como la «construcción social y cultural de la diferencia sexual»³, generando dos escollos residuales cuyos desastrosos efectos siguen presentes en las actuales «políticas de género» de carácter estatal o europeo: el sexo, entendido biológicamente no está sujeto a construcción cultural, mientras que el género enuncia, especialmente, la diferencia social, cultural y política de las mujeres en una sociedad y un momento histórico determinado. No es extraño que sea este el contexto que lleve al feminismo al callejón sin salida de los debates esencialismo/constructivismo, donde se afianzarán políticas estatales capaces de recuperar la retórica feminista como parte de un programa más amplio de control social.

Teresa de Lauretis es, junto con Judith Butler y Denise Riley, una de las primeras teóricas que a partir de los años ochenta van a examinar el marco epistemológico que opera en los discursos feministas. Es posible hablar de «teoría» feminista, nos advierte De Lauretis, solo cuando esta interroga sus propios fundamentos e interpretaciones críticas, sus términos, sus prácticas lingüísticas

² Joanne Meyerowitz, *How Sex Changed. A History of Transexuality in the United States*, Harvard University Press, Cambridge, 2002, págs. 98-129.

³ Uno de los primeros textos en los que esta diferencia aparece tematizada claramente es: Ann Oakley, *Sex, Gender and Society*, Temple Smith, Londres, 1972. Véase también Christine Delphy, «Penser le genre: problèmes et résistances», *L'Ennemi Principal*, Nouvelles Questions Féministes, París, 2001.

y de producción de visibilidad. De Lauretis se pregunta cuál es el sujeto político que el feminismo como discurso y práctica de representación produce. La conclusión, lejos de toda autocomplacencia, es extremadamente crítica: el feminismo funciona o puede funcionar como un instrumento de normalización y de control político si reduce su sujeto a «las mujeres». Bajo la aparente neutralidad y universalidad del término «mujer» se ocultan una multiplicidad de vectores de producción de subjetividad: en términos de raza, de clase, de sexualidad, de edad, de diferencia corporal, geopolítica, etc. Dicho en términos lauretianos, el sujeto del feminismo es inevitablemente *excéntrico*, no coincide con «las mujeres», sino que se presenta como una fuerza de desplazamiento, como una práctica de transformación de la subjetividad⁴.

La máquina cinematográfica y sus modos específicos de registro, proyección, montaje, significación y descodificación servirán a De Lauretis como modelo para pensar la producción de la subjetividad sexual y de género. El sistema farmacopornográfico, podríamos decir siguiendo a De Lauretis, funciona como una máquina de representación somática, donde texto, imagen y corporalidad fluyen en el interior de un circuito cibernético. El género, en esta interpretación semiótico-política de De Lauretis, es el efecto de un sistema de significación, de modos de producción y de descodificación de signos visuales y textuales políticamente regulados. El sujeto es al mismo tiempo un productor y un intérprete de signos, siempre implicado en un proceso corporal de significación, representación y autorepresentación. «El género no es —escribe De Lauretis llevando la crítica del poder disciplinario de Foucault y la semiótica cinematográfica de Metz hasta el feminismo— un simple derivado del sexo anatómico o biológico, sino una construcción sociocultural, una representación, o mejor aún, el efecto del cruce de las representaciones discursivas y visuales que emanan de los diferentes dispositivos institucionales: la familia, la religión, el sistema educativo, los medios de comunicación, la medicina o la legislación; pero también de fuentes menos evidentes, como el lenguaje, el arte, la literatura, el cine y la teoría».

⁴ Teresa de Lauretis, «Eccentric Subjects: Feminist Theory and Historical Consciousness», *Feminist Studies*, 16, 1990, págs. 115-150.

Por ello prefiere el término «género» al término «mujeres» y el término «tecnología» al de «opresión». Allí donde el feminismo de los setenta veía opresión de mujeres, verá De Lauretis, exorcizando el fantasma de la mujer-víctima y del hombre-opresor, el funcionamiento de un conjunto de tecnologías de género que si bien operan de modo heterogénero sobre los hombres y las mujeres, producen no solo diferencias de género (hombre/mujer), sino también diferencias sexuales (homo/hétero, perverso, sado/maso...), raciales, de clase, corporalidad, edad, etc.

De Lauretis propone como campo posible de trabajo para el feminismo el análisis de las diferentes «tecnologías de género» que operan socialmente produciendo (siempre de forma precaria e inestable) sujetos de enunciación y de acción. La investigación de estas tecnologías del género no pueden en ningún caso reducirse a un estudio estadístico o sociológico de la situación de las mujeres en los distintos ámbitos de la producción de discurso, representación o corporalidad⁵. No se trata tampoco de que el género sea una diferencia cultural (a veces técnica; otras meramente ritual o performativa) que venga a modificar una base (el sexo) biológicamente dada. Es la subjetividad en su conjunto la que se produce en los circuitos tecno-orgánicos codificados en términos de género, de sexo, de raza, de sexualidad a través de los que circula el capital farmacopornográfico.

El género, como la píldora y el *oncomouse*, no emergen en el discurso político del feminismo, sino en los laboratorios del farmacopornismo. Dicho de otro modo, el negocio del farmacopornismo son las tecnologías del género, del sexo, de la sexualidad y de la raza. Tecnologías de producción de ficciones somáticas. Mientras Money trafica el género de los bebés hasta restituir sus tiernos cuerpos en sexo masculino o sexo femenino, el doctor Harry Benjamin administra estrógenos y testosterona a un nuevo tipo de paciente de la medicina estatal, un paciente adulto que dice no identificarse con el género que le fue asignado en el momento del nacimiento⁶. Surge así, en medio de la guerra fría, una

⁵ Teresa de Lauretis, *Tecnologies of Gender, Essays on Theory, Film and Fiction*, Indiana University Press, Bloomington, 1987.

⁶ Curiosamente, los criterios de asignación de género y los criterios de reasignación en caso de transexualidad ponen en marcha dos modelos metafísicos del cuerpo casi irreconciliables. Por una parte, los criterios de asignación de

nueva distinción ontológico-sexual entre los hombres y mujeres «bio», aquellos que conservan el género que les fue asignado en el momento del nacimiento, y los hombres y las mujeres «trans» o «tecno», aquellos que apelarán a las tecnologías hormonales, quirúrgicas y/o legales para modificar esa asignación. Esta distinción entre bio-hombre/bio-mujer y trans-hombre/trans-mujer aparece en realidad a finales del siglo XX en las comunidades transexuales de Estados Unidos e Inglaterra, más sexotecnificadas y más organizadas políticamente que en otros países de Europa o de Oriente, para denominar respectivamente a aquellas personas que se identifican con el sexo que les ha sido asignado en el nacimiento (bio) y aquellos que contestan esa asignación y desean modificarla con la ayuda de procedimientos técnicos, protéticos, performativos y/o legales (trans). Utilizaré a partir de aquí esta nomenclatura sabiendo que ambos estatutos de género (bio y trans) son técnicamente producidos. Ambos dependen de métodos de reconocimiento visual, de producción performativa y

sexo masculino o femenino que permiten decidir si un cuerpo es «femenino» o «masculino» en el momento del nacimiento (o *in uterus*, a través de la ecografía o la videoecografía) dependen de un modelo de reconocimiento visual que se pretende empírico, y donde los significantes (cromosomas, talla de los genitales, etc.) se presentan como verdades científicas. Aquí, hacer visible un cuerpo implica asignarlo unívoca y definitivamente como masculino o femenino. Estamos aquí frente a una ontología escópica: lo real es lo visible. Sin embargo, la idea según la cual existe un verdadero «sexo psicológico» distinto de aquel que ha sido asignado en el nacimiento, el sentimiento interior de ser un «hombre» o una «mujer» pertenece a un modelo de lo radicalmente invisible, no representable, a un modelo que se asemeja al del inconsciente freudiano, es decir, a una ontología inmaterial: lo real no se ofrece a los sentidos, es por definición aquello que escapa a la descodificación sensible. Si estos dos modelos pueden funcionar juntos es gracias a un bioplatonicismo común que les sujeta, como tirando de ellos desde arriba. Habría que imaginar los ideales biopolíticos de la masculinidad y la feminidad como esencias transcendentales elevadas desde las que cuelgan, en suspensión, estéticas de género, códigos normativos de reconocimiento visual, invisibles convicciones psicológicas que conducen al sujeto a afirmarse como masculino o femenino, como hombre o mujer, como heterosexual u homosexual, como bio- o trans-. Ni los criterios visuales que rigen la asignación de sexo en el nacimiento, ni los criterios psicológicos que hacen que alguien se considere «interiormente» como hombre o mujer tienen realidad material. Ambos son ideales reguladores, ficciones políticas que encuentran en la biosubjetividad individual su soporte somático. Esta oposición es discutida por Judith Butler en *Desbhacer el género*, *op. cit.*, págs. 89-112.

de control morfológico comunes. La diferencia entre uno y otro depende de la resistencia a la norma, de la conciencia de los procesos técnicos (farmacopornográficos) de la producción de la masculinidad y la feminidad, y del reconocimiento social en el espacio público. No hay aquí un juicio de valor implícito: el género trans no es mejor ni más político que el género bio. Hay transexuales, por ejemplo, que afirman haber nacido «encerrados en el cuerpo del sexo contrario» y que creen que los dispositivos técnicos puestos a su servicio por la medicina contemporánea no son sino formas de desvelar su *auténtico y verdadero* sexo. Otros transexuales afirman su condición *gender queer*, de desviados de género, y rechazan las asignaciones hombre y mujer como imposiciones normativas. Por el momento, la diferencia (política más que somática) entre personas biogénero y personas transgénero parece abismal y dramática, pero se volverá obsoleta durante los siglos venideros.

Judith Butler ha definido agudamente el género como un sistema de reglas, convenciones, normas sociales y prácticas institucionales que producen *performativamente* el sujeto que pretenden describir. A través de una lectura cruzada de Austin, Derrida y Foucault, Butler ha identificado el género no como una esencia o una verdad psicológica, sino como una práctica discursiva y corporal performativa a través de la cual el sujeto adquiere inteligibilidad social y reconocimiento político. Me interesa investigar aquí la dimensión semiótico-técnica de esa producción performativa. Así, la noción de *gender* inventada por Money es, ante todo, un instrumento de racionalización del ser vivo donde el cuerpo es tan solo uno de los parámetros. *Género* es una noción necesaria para la aparición y el desarrollo de una serie de técnicas farmacopornográficas de normalización y transformación del ser vivo —como la fotografía de los «desviados», la identificación celular, el análisis y la terapia hormonales, la lectura cromosómica o la cirugía transexual e intersexual—. Sería por ello más correcto, en términos ontopolíticos, hablar de «tecnogénero» si queremos dar cuenta del conjunto de técnicas fotográficas, biotecnológicas, quirúrgicas, farmacológicas, cinematográficas o cibernéticas que constituyen performativamente la materialidad de los sexos.

Así, por ejemplo, antes de la aparición y el perfeccionamiento de las técnicas hormonales y quirúrgicas en torno a 1950, la invención de la fotografía a finales del siglo XIX será crucial para la

producción del nuevo sujeto sexual y de su verdad visual. Si bien es cierto que este proceso de producción de la diferencia sexual a través de técnicas de representación del cuerpo había ya comenzado en el siglo XVII con el dibujo anatómico y pornográfico⁷, la fotografía dará por primera vez un valor de realismo visual a esta producción técnica del cuerpo. Tomemos, por ejemplo, una de las imágenes habituales de la representación de los llamados hermafroditas y de los invertidos de esta época realizada por Nadar en 1860: un cuerpo denominado «X» en las historias médicas aparece acostado, las piernas abiertas, cubierto tan solo de una combinación blanca que ha sido levantada hasta el pecho, dejando al descubierto su pelvis. Los órganos sexuales son expuestos a la mirada fotográfica por una mano externa. La imagen da cuenta de su propio proceso de producción discursiva. Comparte los códigos de la representación pornográfica que aparecen en esta misma época: la mano del médico al mismo tiempo oculta y muestra los órganos sexuales estableciendo así una relación de poder entre el sujeto y el objeto de la representación. El rostro y, sobre todo, los ojos del paciente han sido borrados; el paciente no puede ser agente de su propia representación. La verdad del sexo toma aquí el carácter de una revelación visual, proceso en el que la fotografía participa como un catalizador ontológico que explicita una realidad que no podría manifestarse de otro modo.

Un siglo después, en 1980, la antropóloga Susan Kessler denunciará los códigos estéticos (por ejemplo, talla y forma del pene o el clítoris) que dominan los protocolos médicos de asignación del sexo de los bebés en el momento del nacimiento en nuestra sociedad. Si estos códigos visuales no parecen haberse modificado excesivamente desde finales del siglo XIX, las actuales posibilidades técnicas de modificación del cuerpo introducen diferencias sustanciales en el proceso de asignación y producción de la feminidad y la masculinidad en la era farmacopornográfica: el proceso de normalización (asignación, reasignación), que antes solo podía llevarse a cabo a través de la representación discursiva o fotográfica, se inscribe ahora en la estructura misma del ser vivo a través de técnicas quirúrgicas y endocrinológicas. Así, por ejemplo, si un bebé nace con un pene que, de acuerdo a estos

⁷ Thomas Laqueur, *op. cit.*, 1994, págs. 154-163.

criterios somatopolíticos visuales, aparece como excesivamente pequeño, el llamado «micropene» será amputado, los genitales reconstruidos en forma de vagina y se le aplicará una terapia de sustitución hormonal a base de estrógenos y progesterona para asegurar que su desarrollo «sexual» exterior sea identificable como femenino⁸. Lejos de la rigidez y de la exterioridad de las técnicas de normalización del cuerpo desplegadas por los sistemas disciplinarios de finales del siglo XIX y principios del XX, las nuevas técnicas de género del bio-capitalismo farmacopornográfico son flexibles, internas y asimilables. El género del siglo XXI funciona como un dispositivo abstracto de subjetivación técnica: se pega, se corta, se desplaza, se cita, se imita, se traga, se inyecta, se injerta, se digitaliza, se copia, se diseña, se compra, se vende, se modifica, se hipoteca, se transfiere, se *download*, se aplica, se transcribe, se falsifica, se ejecuta, se certifica, se permuta, se dosifica, se suministra, se extrae, se contrae, se sustrae, se niega, se reniega, se traiciona, muta.

El régimen farmacopornográfico de la sexualidad no puede funcionar sin la circulación de una enorme cantidad de flujos semiótico-técnicos: flujos de hormonas, flujos de silicona, flujos digitales, textuales y de la representación..., en definitiva, sin un tráfico constante de biocódigos de género. En esta economía política del sexo, la normalización de la diferencia depende del control, de la reapropiación y del uso de esos flujos de género.

La cartografía sexual de Occidente a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, con su perenne división sexual y su clasificación de sexualidades normales y desviadas, depende de la gestión legal y mercantil de las moléculas que dominan la producción de los fenotipos (singos externos) que culturalmente reconocemos como femeninos y masculinos, normales o desviados, sexuales o neutros (por ejemplo, el vello facial, la talla y forma de los genitales, el tono de la voz, etc.), de la gestión tecnopolítica de la reproducción de la especie, del control farmacológico de nuestros sistemas inmunitarios y de su resistencia a la agresión, la enfermedad y la muerte. La misma «mujer barbuda» que en el

⁸ Susan Kessler, «The Medical Construction of Gender: Case Management of Intersex Infants», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 16, I, 1990; y Susan Kessler y Wendy McKenna, *Gender: An Ethnomethodological Approach*, John Wiley, Nueva York, 1990.

sistema sexodisciplinario decimonónico había sido considerada como una anomalía monstruosa, cuyo cuerpo se había hecho visible dentro de los cánones espectaculares del circo y de los *freak shows*, se convierte, en el sistema farmacopornográfico, en un caso clínico de «hirsutismo» y, por tanto, en potencial usuaria del sistema de sanidad y en consumidora de moléculas de fabricación técnica destinadas a la normalización hormonal (androcúra para neutralizar su producción de testosterona). Feminidad-vello-invisibilidad-visibilidad-circo-hirsutismo-androcúra-cosmética-invisibilidad-feminidad. Su cuerpo circula así por distintos espacios: si su lugar era antes el circo o la oscuridad, hoy es la clínica estética, con sus técnicas cosméticas de depilación y de regulación del crecimiento del vello facial.

El género (feminidad/masculinidad) no es ni un concepto, ni una ideología, ni una performance: se trata de una ecología política. La certeza de ser hombre o mujer es una ficción somatopolítica producida por un conjunto de tecnologías de domesticación del cuerpo, por un conjunto de técnicas farmacológicas y audiovisuales que fijan y delimitan nuestras potencialidades somáticas funcionando como filtros que producen distorsiones permanentes de la realidad que nos rodea. El género funciona como un programa operativo a través del cual se producen percepciones sensoriales que toman la forma de afectos, deseos, acciones, creencias, identidades. Uno de los resultados característicos de esta tecnología de género es la producción de un saber interior sobre sí mismo, de un sentido del yo sexual que aparece como una realidad emocional evidente a la conciencia: «soy hombre», «soy mujer», «soy heterosexual», «soy homosexual» son algunas de las formulaciones que condensan saberes específicos sobre uno mismo, actuando como núcleos biopolíticos y simbólicos duros en torno a los cuales es posible aglutinar todo un conjunto de prácticas y discursos. La testosterona corresponde, junto con la óxitocina, la serotonina, la codeína, la cortisona, el estrógeno, el Omeoprazol, etc., al conjunto de moléculas disponibles hoy para fabricar la subjetividad y sus afectos.

Estamos equipados tecnobiopolíticamente para follar, reproducirnos o controlar técnicamente la posibilidad de la reproducción. Vivimos bajo el control de tecnologías moleculares, de camisas de fuerza hormonales destinadas a mantener las estructuras de poder de género: (las chicas blancas hiperestrogenadas lloran-

do por los chicos que las follan y las dejan tiradas, las chicas no-blancas amenazadas sistemáticamente de violación o de violencia, los chicos blancos controlando sus asquerosas pulsiones sexuales, los chicos no-blancos perseguidos por el poder estatal que criminaliza y castiga sus asquerosas y violentas pulsiones sexuales. Y el Estado sacando placer de la producción y del control de nuestra repugnante subjetividad. De nuevo, chute y eyaculación. Violencia de género = violencia del sistema de género.

→ El objetivo de estas tecnologías farmacopornográficas es la producción de una prótesis política viva: un cuerpo suficientemente dócil como para poner su *potentia gaudendi*, su capacidad total y abstracta de crear placer, al servicio de la producción de capital. Fuera de estas ecologías somaticopolíticas que regulan el género y la sexualidad, no hay ni hombres ni mujeres, del mismo modo que no hay ni heterosexualidad ni homosexualidad.

Nos equipan molecularmente para asegurar la complicidad con las formaciones represivas dominantes. Pero el cuerpo farmacopornográfico, como antes el cuerpo sexo-disciplinado de finales del siglo XIX, y a diferencia de lo afirmado por Foucault, no es dócil⁹. No es un simple efecto de los sistemas farmacopornográficos de control, sino que es primero y ante todo potencia de vida, *potentia gaudendi* que aspira a trasferirse a todo y a todos, ganas de correrse con el universo, fuerza de transformación del todo planetario tecnocultural interconectado.

Llamo «programación de género» a una tecnología psicopolítica de modelización de la subjetividad que permite producir sujetos que se piensan y actúan como cuerpos individuales, que se autocomprenden como espacios y propiedades privadas, con una identidad de género y una sexualidad fijas. La programación de género dominante parte de la siguiente premisa: un individuo = un cuerpo = un sexo = un género = una sexualidad. Desmontar estas programaciones de género, proceso de deconstrucción que podría asemejarse a lo que Judith Butler denomina *undoing gender*¹⁰, implica a menudo un conjunto de operaciones de desnaturalización y desidentificación: el dispositivo *drag king* y la

⁹ Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, cap. 1, parte III: «Cuerpos dóciles», Siglo XXI, Madrid, 1996.

¹⁰ Judith Butler, *Des hacer el género*, Paidós, Barcelona, 2006.

autoexperimentación hormonal, son tan solo dos de estas operaciones.

Existe una multiplicidad de modelos de *genderización*, de programaciones de género, dependiendo del momento histórico, del contexto político y cultural. Algunos de ellos han perdido su potencial de subjetivación (los sistemas de *genderización* matriarcal o la pedofilia griega, por ejemplo) porque las ecologías políticas que los activaban han desaparecido. Otros se encuentran en plena transformación. Este es el caso de nuestro propio modelo de *genderización*.

En el régimen farmacopornográfico, el género se construye en esas redes de materialización biopolítica y se reproduce y consolida socialmente a través de su transformación en espectáculo, en imagen en movimiento, en dígito, en cybercódigo. No hay género masculino y femenino más que frente a un público, es decir, como construcción somato-discursiva de carácter colectivo, frente a la comunidad científica o la red. El género es público, es comunidad científica, es red.

Algunos códigos semiótico-técnicos de la feminidad pertenecientes a la ecología política farmacopornográfica:

Mujercitas, el coraje de las madres, la píldora, cóctel hipercargado de estrógenos y progesterona, el honor de las vírgenes; *La bella durmiente*, la bulimia, el deseo de un hijo, la vergüenza de la desfloración; *La sirenita*, el silencio frente a la violación; *Cenicienta*, la inmoralidad última del aborto, los pastelitos, saber hacer una buena mamada, el Lexomil, la vergüenza de no haberlo hecho todavía; *Lo que el viento se llevó*, decir no cuando quieres decir sí, quedarse en casa, tener las manos pequeñas, los zapatitos de Audrey Hepburn, la codeína, el cuidado del cabello, la moda, decir sí cuando quieres decir no, la anorexia, el secreto de saber que quien te gusta realmente es tu amiga, el miedo a envejecer, la necesidad constante de estar a dieta, el imperativo de la belleza, la cleptomanía, la compasión, la cocina, la sensualidad desesperada de Marilyn Monroe, la manicura, no hacer ruido al pasar, no hacer ruido al comer, no hacer ruido, el algodón inmaculado y cancerígeno del Tampax, la certitud de la maternidad como lazo natural, no saber gritar, no saber pegar, no saber matar, no saber mucho de casi nada o saber mucho de todo pero no

poder afirmarlo, saber esperar, la elegancia discreta de lady Di, el Prozac, el miedo de ser una perra calentona, el Valium, la necesidad del *string*, saber contenerse, dejarse dar por el culo cuando hace falta, resignarse, la depilación justa del pubis, la depresión, la seda, las bolsitas de lavanda que huelen bien, la sonrisa, la momificación en vida del rostro liso de la juventud, el amor antes que el sexo, el cáncer de mama, ser una mantenida, que tu marido te deje por otra más joven...

Algunos códigos semiótico-técnicos de la masculinidad pertenecientes a la ecología política farmacopornográfica:

Río Grande, el fútbol, *Rocky*, llevar los pantalones, saber dar una hostia cuando es necesario; *Scarface*, saber levantar la voz; *Platoon*, saber matar, los medios de comunicación, la úlcera de estómago, la precariedad de la paternidad como lazo natural, el buzo, el sudor, la guerra (aunque sea en su versión televisiva), Bruce Willis, la Intifada, la velocidad, el terrorismo, el sexo por el sexo, que se te levante como a Rocco Siffredi, saber beber, ganar dinero, Omeoprazol, la ciudad, el bar, las putas, el boxeo, el garage, la vergüenza de que no se te levante como a Rocco Siffredi, el Viagra, el cáncer de próstata, la nariz rota, la filosofía, la gastronomía, tener las manos sucias, Bruce Lee, pagar una pensión a tu ex mujer, la violencia doméstica, las películas de horror, el porno, el juego, las apuestas, los ministerios, el Gobierno, el Estado, la dirección de empresa, la charcutería, la pesca y la caza, las botas, la corbata, la barba de dos días, el alcohol, el infarto, la calvicie, la fórmula 1, el viaje a la Luna, la borrachera, colgarse, los relojes grandes, los callos en las manos, cerrar el ano, la camaradería, las carcajadas, la inteligencia, el saber enciclopédico, la obsesión sexual, el donjuanismo, la misoginia, ser un *skin*, los *serial-killers*, el *heavy-metal*, dejar a tu mujer por otra más joven, el miedo a que te den por el culo, no ver a tus hijos después del divorcio, las ganas de que te den por el culo...

Antes pensaba que solo los que erámos como yo estábamos bien jodidos. Porque no somos ni seremos nunca ni mujercitas ni héroes de *Río Grande*. Ahora sé que en realidad todos estamos bien jodidos, no seremos nunca ni mujercitas ni héroes de *Río Grande*.

Nuestras sociedades contemporáneas son enormes laboratorios sexopolíticos en los que se producen los géneros. El cuerpo, los cuerpos de todos y cada uno de nosotros, son los preciosos enclaves en los que se libran complejas transacciones de poder. Mi cuerpo = el cuerpo de la multitud. Eso que llamamos sexo, pero también el género, la masculinidad y la feminidad, y la sexualidad son «técnicas del cuerpo»¹¹, extensiones biotecnológicas pertenecientes al sistema sexopolítico cuyo objetivo es la producción, reproducción y expansión colonial de la vida heterosexual humana sobre el planeta.

La historia de la normalización de género en Occidente está marcada por la invención, la combinación sintética y la comercialización de nuevas moléculas de gestión del cuerpo (fármaco-), así como de nuevas técnicas de representación (-porno) del género y de la sexualidad. La gestión farmacopornográfica (hormonal, quirúrgica, audiovisual) del género que comienza a partir de la Segunda Guerra Mundial forma parte de un conjunto más amplio de tecnologías de producción de la especie. Lo propio de este mecanismo cultural que en otros tiempos los marxistas dieron en llamar «ideología» es funcionar como un dispositivo técnico de producción fantasmático-prostética de cuerpos-subjetividad. Sin duda, el género (la masculinidad y la feminidad) es uno de los productos somático-mediáticos, farmacopornográficos, al mismo tiempo cuerpo e idea, entidad viva y código digital, que ha sido fabricado con mayor éxito por la industria farmacéutica y de la comunicación de finales del siglo XX.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, se crean «en laboratorio» los nuevos ideales biopolíticos de la masculinidad y la feminidad. Estos ideales de género no pueden existir en estado puro, existen únicamente dentro de nuestros *tecno-ecosistemas sexuales confinados*. En tanto que sujetos sexuales, habitamos parques de atracciones biocapitalistas. Somos hombres y mujeres de laboratorio. Efectos de una suerte de bioplatonicismo político-científico. Pero estamos vivos: al mismo tiempo materializamos el poder del sistema farmacopornográfico y su posibilidad de fallo.

¹¹ Marcel Mauss, «Techniques du corps» (1934) en *Sociologie et anthropologie*, PUF, París, 2001.

Si el concepto de género introduce una ruptura es precisamente porque constituye el primer momento reflexivo de esta economía de construcción de la diferencia sexual. A partir de aquí ya no hay marcha atrás. Money es a la historia de la sexualidad lo que Hegel es a la historia de la filosofía y Einstein es a la concepción del espacio-tiempo. El principio del final, la explosión del sexo-naturaleza, de la naturaleza-historia, del tiempo y el espacio como linealidad y extensión. Con la noción de género, el discurso médico deja al descubierto sus fundaciones arbitrarias, su carácter constructivista, abriendo al mismo tiempo la vía a nuevas formas de resistencia y de acción política. Cuando hablo de una ruptura introducida por la noción de género no pretendo designar el paso de un paradigma político a otro radicalmente distinto, ni una ruptura epistemológica que provocaría una forma de discontinuidad radical. Se trata más bien de una superposición de estratos a través de la cual diferentes técnicas de escritura del ser vivo se entrelazan y se re-escriben. El cuerpo en la era farmacopornográfica no es una materia pasiva, sino un interfaz tecno-orgánico, un sistema tecno-vivo segmentado y territorializado por diferentes modelos políticos (textuales, informáticos, bioquímicos). No hay aquí sucesión de modelos que serán superados históricamente por otros, ni rupturas, ni discontinuidades radicales, sino simultaneidad inconexa, acción transversal de varios modelos somatopolíticos que operan y constituyen, siguiendo diversas intensidades, diversos índices de penetración, diversos grados de efectividad en la producción de la subjetividad.

Daré solamente un ejemplo de esta yuxtaposición de ficciones somáticas que operan sobre nuestros cuerpos. ¿Cómo explicar que a principios del siglo XXI, la rinoplastia (la operación de nariz) sea considerada cirugía estética mientras que la vaginoplastia (construcción quirúrgica de una vagina) y la faloplastia (construcción quirúrgica de un pene) sean consideradas operaciones de cambio de sexo?¹² Podríamos decir que en la actualidad, y dentro de un mismo cuerpo, la nariz y los órganos sexuales se ven atravesados por dos regímenes netamente diferentes de po-

¹² Dean Spader, «Mutilating Gender», *The Transgender Studies Reader*, Susan Stryker y Stephen Whittle (eds.), Routledge, Nueva York, 2006, págs. 315-332.

der. Mientras que la nariz está regulada por un poder farmacopornográfico en el que un órgano se considera como propiedad individual y como objeto del mercado, los genitales siguen encerrados en un régimen pre-moderno y casi soberano de poder que los considera como propiedad del Estado (y por extensión, en este modelo teocrático, de Dios) y dependientes de una ley trascendental e inmutable. Pero el estatuto de los órganos en la sociedad farmacopornográfica está viéndose alterado rápidamente, de modo que una multiplicidad cambiante de regimenes de producción operan simultáneamente sobre un cuerpo. Aquellos que sobrevivan a la mutación en curso verán sus cuerpos cambiar de sistema semitótico-técnico, o, dicho de otro modo, dejarán de ser el cuerpo que fueron.

EL CREPÚSCULO DE LA HETEROSEXUALIDAD COMO NATURALEZA

Leyendo a Monique Wittig con Foucault, a Butler con Negri, podemos decir que la heterosexualidad es, ante todo, un concepto económico que designa una posición específica en el seno de las relaciones de producción y de intercambio basada en la reducción del trabajo sexual, del trabajo de gestación y del trabajo de crianza y cuidado de los cuerpos a trabajo no remunerado¹³. Lo propio de este sistema económico sexual es funcionar a través de lo que podríamos llamar con Judith Butler la coerción performativa, es decir, a través de procesos semiótico-técnicos, lingüísticos y corporales de repetición regulada impuestos por convenciones culturales. La ascensión del capitalismo resulta inimaginable sin la institucionalización del dispositivo heterosexual como modo de transformación en plusvalía de los servicios sexuales, de gestación, de cuidado y crianza realizados por las mujeres y no remunerados históricamente. Podríamos así hablar de una deuda de trabajo sexual no pagada que los hombres heterosexuales habrían contraído históricamente con las mujeres del mismo modo que los países ricos se permiten hablar de una deuda externa de los países pobres. Si la deuda por servicios sexuales se abonara, correspondería a todas las mujeres del planeta

¹³ Monique Wittig, *El pensamiento heterosexual*, Egales, Madrid, 2005.

una renta vital suficiente para vivir sin trabajar durante el resto de sus vidas.

Pero la heterosexualidad no ha existido siempre. Más aún, si atendemos a los signos de tecnificación y de informatización del género que emergen a partir de la Segunda Guerra Mundial, podemos afirmar sin lugar a dudas que la heterosexualidad está llamada a desaparecer un día. De hecho, está desapareciendo. Esto no quiere decir que no habrá a partir de ahora relaciones sexuales entre bio-hombres y bio-mujeres, sino que las condiciones de la producción sexual (de cuerpos y de placeres) están cambiando drásticamente, y que estas se vuelven cada vez más similares a la producción de cuerpos y de placeres desviantes, sometidas a las mismas regulaciones farmacopornográficas, estando todos los cuerpos sometidos a los mismos procesos de producción tecnobiopolítica. Dicho de otro modo, en el tiempo presente, todas las formas de sexualidad y de producción de placer, todas las economías libidinales y biopolíticas están sujetas a un mismo régimen de producción farmacopornográfico, a las mismas tecnologías moleculares y digitales de producción del sexo, del género y de la sexualidad. Una de las características del régimen biopolítico heterosexual era el establecimiento, a través de un sistema científico de diagnóstico y clasificación del cuerpo, de una linealidad causal entre sexo anatómico (genitales femeninos o masculinos), género (aparición, rol social, eso que después Judith Butler denominará *performance* femenina o masculina) y sexualidad (heterosexual o perversa). Según este modelo establecido por la psicopatología del siglo XIX a través de manuales como la *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing, a un sexo masculino le correspondía naturalmente una expresión de género masculino y una orientación heterosexual. Cualquier desviación de esta cadena causal estaba considerada como una patología. El descubrimiento, más bien la invención, de las hormonas sexuales y la posibilidad de su elaboración sintética a mediados del siglo XX modificará el carácter irreversible de las formaciones identitarias (tanto genitales, como de género o de sexualidad). Así, desde 1960, los mismos compuestos estrogénicos serán utilizados para el control de la fertilidad de las bio-mujeres (cuerpos que la medicina válida como femeninos en el nacimiento y cuyo proceso de feminización político-técnico será considerado como parte de un devenir

natural) y para el cambio de sexo en casos de transexualidad femenina (M2F, de hombre a mujer); la misma testosterona hará girar las ruedas del Tour de Francia y transformará los cuerpos de los transexuales F2M, de mujer a hombre.

Esta maquinaria tecno-viva de la que formamos parte no es un todo coherente e integrado. Los dos polos de la industria farmacopornográfica (fármaco y porno) funcionan más en oposición que en convergencia. Mientras la industria pornográfica produce en su mayoría representaciones normativas (sexo = penetración con bio-pene) e idealizadas de la práctica heterosexual y homosexual ofreciendo como justificación de la asimetría entre bio-hombres y bio-mujeres una diferencia anatómicamente fundada (bio-hombre = bio-pene, bio-mujer = bio-vagina), la industria farmacológica, biotecnológica y las nuevas técnicas de reproducción asistida, a pesar de seguir funcionando dentro de un marco legal heteronormativo, no dejan de desdibujar las fronteras entre los géneros y de hacer del dispositivo político económico heterosexual en su conjunto una medida de gestión de la subjetividad obsoleta.

La dialéctica entre fármaco y porno se manifiesta ya a través de las contradicciones entre diversos biocódigos (*low-tech* o *high-tech*) de la subjetividad que proceden de regímenes diferentes de producción del cuerpo. Así, por ejemplo, familias (heterosexuales, homosexuales o monoparentales) donde la reproducción se ha llevado a cabo a través de fecundación *in vitro* con semen de donante anónimo siguen después funcionando dentro de un sistema político-legal heterosexual donde los ideales performativos de la masculinidad y la filiación no han sido cuestionados. Por otra parte, los biocódigos de producción de subjetividad (tanto performativos como farmacológicos, del Viagra a la testosterona pasando por la estética del cuerpo gay o las prácticas sexuales con órganos sintéticos) circulan en el mercado farmacopornográfico sin que sea posible fijar completamente los procesos de producción de subjetividad que estos desencadenan. Cabe esperar la expresión grotesca y desproporcionada de biocódigos que hasta ahora pertenecían a las configuraciones decimonónicas femeninas, masculinas, heterosexuales, homosexuales o incluso a las más recientes transexuales desligados de una identidad sexual o de una subjetividad política precisa, de una forma de vida, o de un programa político. Así, por ejemplo, los códigos visuales que

rigen la reciente transformación del rostro de Courtney Love, emblemática figura del rock *underground*, no difieren de los utilizados para dar forma a la nueva cara rejuvenecida de la reina de España, de la actriz Pamela Anderson, de Chen Lili, la mujer transexual participante en el concurso Miss Universo en 2004, de la estrella lésbica Ellen DeGeneres o para la remodelación del rostro de una bio-mujer anónima de clase obrera que gana una cirugía estética total gracias al programa televisual americano Extreme Makeover (Cambio radical). Asistimos, por tanto, a una horizontalización de las técnicas de producción del cuerpo que no establece diferencias entre identidades de clase, raza o sexuales, entre la cultura musical *underground*, la alta sociedad y la industria porno. De este desfase farmacopornográfico es posible deducir que pronto la heterosexualidad será únicamente una estética farmacopornográfica entre otras, una sexualidad *retro* cuyo estilo podrá ser imitado, denigrado o exaltado por las diferentes generaciones a venir, un estilo quizás exportable a otras latitudes, pero absolutamente fallido y decadente en nuestras sociedades judeocristianas democráticas.

Cuarenta años después de la invención de las píldoras a base de estrógenos o progesterona, todos los cuerpos sexuales se ven sujetos a una misma plataforma farmacopornográfica común. Hoy un bio-hombre se administrará un complemento hormonal a base de testosterona para aumentar su rendimiento deportivo, a una adolescente se le instalará un implante subcutáneo que libere un compuesto de estrógenos y de progesterona como método anticonceptivo activo durante tres años, una bio-mujer que se define como hombre podrá firmar un protocolo de cambio de sexo y acceder a una terapia endocrinológica a base de testosterona que le permitirá desarrollar barba y bigote, aumentar su musculatura y pasar socialmente como hombre en menos de ocho meses, una bio-mujer de sesenta años descubrirá que la ingestión durante más de veinte años de vida de una alta dosis de estrógenos y progesterona en sus píldoras anticonceptivas le ha producido una insuficiencia renal o un cáncer de pecho que tendrá que ser tratado con una quimioterapia semejante a la administrada a las víctimas de Chernóbil, una pareja heterosexual recurrirá a la inseminación *in vitro* tras descubrir que el varón de la pareja no puede producir espermatozoides suficientemente móviles para fecundar el

óvulo de su compañera debido a un alto consumo de tabaco y alcohol, etc.

Todo ello indica que las diversas identidades sexuales, los modos diversos de hacer sexo y producir placer, las maneras plurales de expresar el género coexisten con un «devenir-común»¹⁴ de las tecnologías de producción del género, del sexo y de la sexualidad.

¹⁴ Véase la noción de «devenir-común» en Negri y Hardt, *Multitudes*, *op. cit.*, pág. 142.